



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Kofman, Andrei

El problema de la síntesis cultural en Latinoamérica

Contribuciones desde Coatepec, núm. 5, julio-diciembre, 2003, pp. 2-8

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100501>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El problema de la síntesis cultural en Latinoamérica

ANDREI KOFMAN

Moscú (Rusia)

Uno de los más complicados problemas en estudios latinoamericanos fue y sigue siendo el problema de interacción de diferentes culturas: la europea, la indígena, la africana. Precisamente este dominio acumuló muchos mitos científicos hasta ahora sólidos y extremadamente difundidos.

La divulgación más amplia en diferentes ramas de estudios latinoamericanos tiene la teoría expresada por los términos “mestizaje cultural”, “transculturación”, “síntesis cultural” y otros. La idea principal de esta teoría consiste en lo siguiente: el mestizaje racial y étnico, que de verdad fue y aún prevalece como el rasgo más específico de la realidad latinoamericana, presupone la interacción de culturas diferentes y formación de una nueva cultura sintética; y en tanto que cultura incluye todas las artes, folclóricos y profesionales. Entonces, literatura, pintura, música, etcétera, también son sintéticos, es decir están formados por la mezcla de elementos europeos e indígenas o africanos. Por consiguiente, se considera que el mestizaje forma la base de cultura latinoamericana, define su originalidad, asegura su unidad interna. Estas ideas en unas u otras variaciones son expresadas en muchos trabajos y comúnmente se aplican indiscutiblemente en todos los dominios de la investigación de la cultura latinoamericana.

Pero a mi parecer, ya en sus presupuestos conceptuales, la teoría de mestizaje cultural contiene algunos momentos dudosos que demandan precisión o corrección.

En primer lugar, hay que subrayar que el proceso de transculturación, o sea, de mestizaje cultural, tiene múltiples formas, partiendo de las más simples a las más complejas. Clasificación detallada de estos modelos podría constituir el tema de otro trabajo; pero, revisándolo en breve, se puede distinguir, a mi parecer, tres

tipos de interacción de diferentes elementos culturales, cada uno constituyente de formas diversas. El primer tipo es la coexistencia de elementos culturales sueltos, cada uno de los cuales conserva su idiosincrasia; es lo que se puede llamar “la simbiosis”. Este tipo de interacción cultural predominó en la época de la Conquista y la Colonia, pero se conservó hasta hoy. El ejemplo más evidente, si tomamos como referente la cultura mexicana, son esos ángeles que tocan las maracas o charango en los retablos de iglesias coloniales. Me parecen por sí un símbolo de esta simbiosis cultural. El segundo tipo de transculturación es el que podemos denominar eclecticismo: se trata de una mezcla de elementos culturales distintos, cada uno de los cuales todavía se distingue en el conjunto, pero que pierden algo de su idiosincrasia, se empobrecen y simplifican. El ejemplo quizás más tajante de este tipo de transculturación es la canción mestiza, descrita por el folclorista mexicano Vicente Toribio Mendoza: son canciones bilingües o en idiomas indígenas con ritmo y rima españoles, las que mezclan a modo ecléctico las imágenes autóctonas y adoptadas. Y el tercer tipo de transculturación es la síntesis. Surge cuando los elementos culturales constituyentes pierden su idiosincrasia, no se distinguen y forman en conjunto una nueva calidad. El ejemplo de síntesis es, a mi parecer, la fiesta del Día de Muertos, celebración que une las tradiciones europeas medievales con las autóctonas de tal modo, que, digamos, no se puede definir dónde empieza lo uno y acaba lo otro. Hay que destacar el hecho de que en América Latina coexisten todos estos tipos de interacción cultural.

En segundo lugar, hablando de la síntesis cultural, quiero subrayar el siguiente momento importante. En muchos trabajos existe la tendencia evidente a presentar la síntesis cultural como interacción de distintos factores culturales en pie de igualdad. Pero en el proceso de interacción una cultura siempre juega el papel dominante, lo que se expresa en que la cultura dominante, primero, menos adopta y más entrega; segundo, ineluctablemente deprime, en parte, a otra cultura más “floja”, “pasiva”; y tercero, define partiendo de sus regularidades internas la dirección general de desarrollo del nuevo fenómeno sintético, y en este sentido se revela como una cultura “modeladora”. En el caso de América Latina estas observaciones tienen significación especial porque aquí, por razones históricas y políticas, la cultura ibérica siempre ha sido dominante y modeladora. Entonces debemos tener en cuenta que en el Nuevo Mundo la influencia que ejercía la cultura española sobre la africana y la aborígen siempre era incomparablemente mayor que la influencia contraria; que las culturas africanas e indígenas entraron en la órbita de la cultura española transformándose, empobreciéndose, acomodándose y no a la inversa.

Por otro lado, la teoría de mestizaje cultural parte del presupuesto de que lo racial define lo cultural. Claro que entre ambos existen lazos internos y externos,

pero son cosas completamente distintas. Pueden brindarse numerosísimos ejemplos de asimilación cultural total de negros e indios latinoamericanos –no sólo de individuos, sino de colectividades íntegras–. Además, equiparar lo racial con lo cultural contradiría la noción misma de unidad cultural latinoamericana porque ni desde el punto de vista racial ni del étnico puede decirse que el continente en conjunto o los países que lo integran sean homogéneos. Entonces, si admitimos el término “cultura latinoamericana” en su sentido tipológico generalizador, tendríamos que reconocer que su base no está formada por el mestizaje cultural sino por algo distinto.

El cuarto momento dudoso de la teoría del mestizaje cultural consiste en la tendencia a presentar el elemento africano o indígena como disuelto en toda la cultura –algo así como la tinta que colorea el agua uniformemente en violeta–. En consecuencia, toda la temática negrista o indigenista en las artes profesionales habitualmente se interpreta como manifestación de la cultura mestiza.

Estas nociones, a mi parecer muy especulativas, se desmoronan al primer choque con los hechos concretos. Si desde el punto de vista realista observamos la cultura de algún país latinoamericano, en seguida descubriremos la evidente distribución irregular de elementos indígena o africano en el sistema cultural dado. Por ejemplo, si tomamos la cultura cubana encontraremos la mayor presencia del elemento africano en el folclore y la música profesional, menor en la pintura y la poesía, y no encontraremos presencia africana alguna en la arquitectura. De este modo se revela la primera regularidad: manifestación irregular del elemento indio o africano en distintas artes de un país dado. Se trata primero de parámetros cuantitativos (más en un arte determinado, menos en otro), luego, mucho más importante, de parámetros cualitativos, que se definen, en mi opinión, por tres factores principales.

La diversa manifestación de síntesis en artes distintas depende, en primer lugar, del modo de penetración de elementos indígenas o africanos. En esta relación, el deslinde esencial se traza entre las artes folclóricas y las profesionales. Siendo el folclore arte colectivo, se basa en la censura colectiva, la que niega todo lo individual, lo intencional, todo lo que contradiga la cosmovisión de la comunidad. Cualquier elemento cultural nuevo o ajeno puede ser absorbido por la tradición folclórica sólo después de haber sido adoptado por la conciencia colectiva. Entonces, los elementos de las tradiciones culturales distintas se integran en las artes folclóricas de modo natural, espontáneo, inconsciente. Este proceso no tiene ni un ápice de intencionalidad y por eso de ninguna manera puede ser dirigido ni siquiera estimulado, ni puede sufrir deformación ideológica alguna.

Otro caso es el de las artes profesionales latinoamericanas. ¿Existe ese modo de fusión espontánea, inconsciente de elementos culturales distintos en las artes profesionales latinoamericanas? Sería muy atrevido negarlo por completo. Sin

duda existe en el nivel interno, etnosicológico, de algunos mitos colectivos, de algunos módulos de pensamiento, aunque sea muy difícil de captarlo. En cambio, no hay duda que en las artes profesionales los elementos indígena y africano se introducen en mayor medida de manera consciente. Los ejemplos sobran: Asturias, Paz, Fuentes.

De este modo, el uso de estos elementos culturales en la obra de arte profesional se presenta como acto ideológico, condicionado por la situación histórica y política, por conciencia étnica, nacional, social, por la vertiente del arte dado y, finalmente, por la intención y el gusto personal del autor. Entonces, en el sistema de las artes profesionales el elemento indígena o africano usado es casi siempre subjetivo, ideológico y, como tal, expuesto a cualquier tipo de modificación ideológica, subjetiva. Esta observación es muy importante. La frecuente tendencia a interpretar el tema indígena o africano, en la literatura latinoamericana, como manifestación de mestizaje cultural constituye, a mi parecer, una expresión equívoca que dificulta la comprensión profunda de una obra. Lo mismo puede decirse del uso, a veces tan sutil, de algunos motivos o imágenes mitológicos autóctonos. Detrás del uso de tal o cual elemento hemos de descubrir la intención ideológica o estética, descifrarla, ubicándola en el contexto temporal o del trabajo creador del artista.

La diversidad cualitativa de la síntesis manifiesta en las distintas artes, está condicionada también por el grado de desarrollo de unas u otras artes en la tradición indígena o africana. Al fin de cuentas, esta diversidad entronca con la especificidad de cada arte. Claro está que todo arte tiene su propio lenguaje y compone un sistema bastante cerrado, regido por leyes propias. Algunos elementos de la tradición ajena pueden ser asimilados fácilmente por un sistema artístico particular, otros sólo serán transformados y algunos más no podrán ser adoptados en modo alguno. Teniendo en consideración todos estos factores, hay que admitir que en las distintas artes el elemento indígena o africano puede presentarse de manera diversa y, por consiguiente, debe ser entendido en su particularidad.

Más aun, dentro de artes aisladas los elementos indígenas o africanos también se manifiestan irregularmente. En música, poesía, pintura, folclore latinoamericanos, por doquier encontraremos numerosas obras de procedencia puramente española o europea, de ninguna manera ligadas con la tradición indígena y africana. En las artes profesionales esa irregularidad se manifiesta no sólo sincrónica sino diacrónicamente: por ejemplo el primer libro poético de Nicolás Guillén no contenía ni una pizca de temática afrocubana. Elementos indígenas y africanos, como regla, se distribuyen irregularmente en un género o en la obra de un artista.

Tomando en cuenta todo lo dicho antes, podemos concluir que en el plano del mestizaje cultural presupuesto el cuadro de la cultura latinoamericana se re-

presenta como un mosaico. Y hay que agregar: mosaico no acabado. Si examinamos este cuadro en su totalidad, notaremos que sólo una parte, y creo que la parte menor, tiene algo que ver con mestizaje cultural. Y si analizamos ésta, la menor parte del cuadro mosaico, descubrimos también que sólo una pequeña porción de ella guarda relación con lo que he denominado síntesis cultural. Todo ello indica que en ningún país de América Latina la interacción de tradiciones culturales distintas ha llevado a una totalidad homogénea. El mestizaje cultural no es un resultado sino el proceso que empezó en la época de la conquista y sigue transcurriendo ante nuestros ojos.

Hay que prestar atención especial al problema de correlación entre la noción de mestizaje cultural y la idea de identidad latinoamericana. Una de las tesis centrales de la teoría del mestizaje cultural consiste en lo siguiente. Se parte de la premisa de que era la síntesis de tradiciones europea, indígena y africana la que habría creado la cultura latinoamericana. De ello resulta que la identidad de esta cultura está condicionada precisamente por la síntesis cultural.

Las dudas acerca de la veracidad de la primera parte de la tesis, nace del solo hecho de la existencia de la cultura estadounidense que se formó en condiciones históricas parecidas, aunque sin participación alguna de la tradición indígena. Y la tradición cultural africana hasta el siglo XX existía al margen de la cultura blanca y se manifestó (así como en la América Latina) en los años 20 del siglo pasado. Pero nadie pone en duda la existencia, ya en el siglo XIX, de la cultura estadounidense bastante madura y con identidad indiscutible. En todo caso a los estadounidenses nunca se les ocurre la idea de buscar sus raíces culturales en el mestizaje cultural.

Entonces, es necesario distinguir dos nociones: el hecho de la formación de una cultura nueva y la apariencia de esa cultura. El hecho de la formación de la nueva cultura en el continente latinoamericano, a mi juicio, de ningún modo está condicionado por el mestizaje cultural. Supongamos que el Nuevo Mundo no hubiera estado habitado por el hombre. ¿Es que en ese caso no hubiera surgido una cultura propia en las colonias españolas? Se trata de una pregunta meramente retórica. El surgimiento de la cultura latinoamericana habría estado condicionado, así como el de la cultura estadounidense, sólo por el traslado de parte de la población europea al nuevo ambiente. El nuevo contexto geográfico, étnico y social, la historia propia de esta parte de la población, la estructuración de las sociedades nuevas, la formación de naciones jóvenes, habrían constituido los principales factores de formación de la nueva cultura. Claro, que los factores étnicos y raciales habrían jugado un papel importante en el desarrollo cultural, definiendo la apariencia de la nueva cultura pero no el hecho mismo de su existencia.

Estas observaciones permiten ver bajo otra luz el problema de la totalidad cultural latinoamericana. El mestizaje racial o étnico nunca ha sido el factor de unificación de la cultura latinoamericana, sino el factor de su división en zonas y regiones. Si partimos del mestizaje cultural, inevitablemente llegaremos a la negación de la unidad cultural interna de América Latina y reduciremos esta unidad a un conjunto de culturas desligadas más o menos parecidas. Esta interpretación contradice el hecho evidente de que el continente latinoamericano es una civilización integral con sus propias características. La totalidad cultural de los países hispanohablantes del continente está condicionada no por el mestizaje cultural, sino por otros factores, tales como el lenguaje y la religión comunes; etapas parecidas en el desarrollo histórico de países distintos; similares procesos formativos como nación; existencia del substrato cultural común español; desarrollo de la cultura por medio de asimilación, adopción y transformación de préstamos europeos, lo que condicionó la existencia de tendencias comunes en el proceso formativo literario (barroco criollo, clasicismo, romanticismo, costumbrismo...); finalmente, el intercambio cultural intensivo entre los países del continente.

En vista de que la cultura latinoamericana se formó sobre el substrato europeo, que en el proceso de interacción de culturas dominaba y jugaba el papel modelador, la línea magistral del desarrollo cultural latinoamericana consistía en lo que se llama “la búsqueda de su identidad”. Esta búsqueda siempre estaba conjugada con la repulsión de la tradición europea y la superación, en lo posible, de influencias europeas.

El papel principal en el proceso constructivo de la identidad cultural lo jugaban las artes profesionales, que utilizaban las tradiciones indígena y africana como material instrumental para su desarrollo. En la mayoría de los casos no era la hipotética sublimación natural del “espíritu” indígena o africano sino, subrayo, la utilización consciente, siempre conjugada con transformación y a veces hasta con deformación ideológica, del asunto real. Con base en estas interpretaciones, casi siempre subjetivas, intencionadas y de tal o cual modo comprometidas, se forma la idea de la identidad latinoamericana relacionada con el mestizaje cultural. Entonces, se puede resumir que el mestizaje cultural no abarca la identidad latinoamericana, sino que constituye sólo una parte de la misma. Desde hace mucho tiempo la evolución de las tradiciones indígena y africana no se rigen por sus regularidades internas, sino que está sometida a las exigencias del desarrollo de la cultura latinoamericana en la dirección señalada antes.

La tendencia muy divulgada de correlacionar la noción de mestizaje cultural con la idea de identidad latinoamericana, conduce inevitablemente a la esfera axiológica, es decir, implica valoración estética e ideológica. En efecto, esta correlación sobreentiende que una obra de arte que se apoya de alguna manera en la

tradición indígena o africana, o simplemente pinta al indio o al negro, revela la identidad nacional o latinoamericana mejor que otra que nada tenga que ver con esas tradiciones o ese tema. Aunque este enfoque es bastante absurdo se usa frecuentemente, si no de manera directa de modo implícito, cuando se elogia a un escritor por haber implicado elementos precolombinos. Utilizando este criterio, consiguientemente, tendremos que tirar a la basura, quizás, lo mejor de la cultura latinoamericana. El mestizaje cultural sigue siendo sólo uno de los procesos de autoidentificación cultural, el cual no es ni mejor ni peor que los otros.

Y lo último. Al principio de mi propuesta he distinguido tres tipos de interacción de culturas, destacando entre ellos la síntesis como la más plena manifestación del mestizaje cultural. Así es, pero si partimos de la idea de que el mestizaje cultural es el meollo de la cultura latinoamericana, interpretaríamos la síntesis cultural como el culmen del desarrollo de una cultura dada. Hay que recordar, por comparación, que en sus fundamentos las culturas europeas son sintéticas: por ejemplo, la cultura española está compuesta de tradiciones celta, goda, latina, árabe, judía, gitana. La síntesis de todas estas tradiciones terminó hace tres siglos, pero en la Edad Media la situación era diferente, posiblemente análoga a la situación latinoamericana actual. Entonces, si la síntesis cultural se identifica con la madurez cultural, y este concepto se transpone a la cultura latinoamericana, podría llegarse a la idea de su inmadurez, su insuficiencia. Por otra parte, esta idea implica teleologismo: resulta que la cultura latinoamericana tendría como fin supremo la autodefinición a través de la síntesis cultural (idea expresada en muchos trabajos filosóficos, así como en la ideología oficial de algunos países).

Pero hemos de considerar que la cultura en general no tiene ni fines, ni tareas, se desarrolla espontáneamente y en dirección imprevisible. Y quizás el criterio de la madurez de las culturas europeas no conviene en absoluto a la cultura latinoamericana. Quizás, la síntesis cultural plena es algo que contradice la esencia misma de la cultura latinoamericana. Y puede resultar que el mosaico del que he hablado antes, sea la más plena manifestación de la idiosincrasia de la cultura latinoamericana.